

Pontífices que en tiempo alguno han ocupado la Cátedra de San Pedro, Braschi se captó su confianza y amistad, y más de una vez se vió al príncipe más sabio de Europa tomar parecer de un jóven que acababa de salir del colegio.

Cuando el célebre abate Galliani, encargado por este Pontífice de recoger materias volcánicas, le envió un cajón de estas curiosidades, puso en él un billete con estas solas palabras: *Dic ut lapides isti panes fiant.* «He aquí dijo el Papa á su secretario, un extraño abuso de la Sagrada Escritura; yo os encargo de la respuesta.» Braschi tomó la pluma y contestó: «Vos no dudais de la infalibilidad del Soberano Pontífice. De ello os doy una nueva prueba. A mí es á quien pertenece explicar los textos de la Sagrada Escritura; yo debo comprender siempre su sentido, y jamás lo he hecho con más placer que en esta ocasión.» Benedicto XIV leyó esta carta, la firmó y la remitió al abate con una pension de ochocientos escudos romanos.

Benedicto XIV, verdadero conocedor del mérito, no tardó en recompensar el de su secretario, confiriéndole uno de los más ricos canonicatos de San Pedro, por medio del cual el jóven se proporcionó entrada en la prelatura. «He puesto la primera piedra de vuestra fortuna, le dijo, vos acabareis de levantar el edificio.» Benedicto XIV murió, y el jóven Braschi le lloró sinceramente.

Su sucesor Clemente XIII, haciendo también justicia á los talentos del jóven, lo elevó sucesivamente á la plaza de auditor del camarlingo y á la de tesorero de la cámara apostólica, cuyo empleo desempeñó desde el 1766 hasta 1773.

Sin duda no se habrá olvidado la tempestad que durante este pontificado se suscitó en la Iglesia con motivo de los jesuitas. Braschi, interiormente adicto á estos religiosos, cuyos inmensos servicios conocia y confesaba, participaba de los disgustos del Papa

que le había protegido; pero ¿qué podía hacer para consolarlos?

Cuando el cardenal Ganganelli reemplazó á Clemente XIII, Braschi hallándose en el vigor de la edad desempeñaba hacia ya diez años el puesto más delicado del Estado eclesiástico. El tesorero de la cámara apostólica era un verdadero ministro bajo las órdenes del cardenal camarlingo, y un ministro tanto más importante, cuanto sin responsabilidad tenia el poder más absoluto en el erario, y podía abusar de él impunemente; pero Braschi jamás abusó: su desinterés llegó á ser tan notorio, que en una época de carestía, el pueblo que no entendiéndole de chanzas cuando tiene hambre, murmuró del Papa, del gobernador de Roma, del prefecto y de todos los que gozaban de alguna autoridad, menos de Braschi.

Una reputacion tan honrosa no bastó para que el nuevo Papa no retirase de Braschi la confianza que sus dos predecesores le habían dispensado.

Atribuyóse á diferentes causas esta especie de desgracia, siendo la más verosímil la aficion que secretamente conservaba Braschi á los hijos dispersos de la Compañía de Jesus. En su propia casa había recogido á varios de ellos, y cuantos se dirigieron á él en medio del tumulto que toda revolucion trae consigo, obtuvieron favores y justicia. Era natural que el Papa, viendo en esta conducta una censura indirecta de lo que él había hecho, no le mirase con placer; mas no por eso dejó de hacer justicia á su mérito, de un modo brillante, confiriéndole en 1773 el capelo de cardenal.

Lo que prueba al mismo tiempo cuánta consideracion merecia la persona de Braschi, es la carta que el cardenal de Bernis, que no ignoraba su desgracia ni la causa que la produjo, escribió á su corte en 1773 diciendo: «Aunque nadie duda de su talento, no falta quien ha atribuido su fortuna al favor de los jesuitas. Parece que el Papa, despues de haberlo elevado al capelo, no ha continuado manifes-

tándole la misma confianza que antes, y á esta mudanza se le da una significacion poco favorable al cardenal. Por lo demás no se puede negar que esté dotado de mucha actividad y de muchísimos conocimientos. Cualesquiera que sean los motivos que por algun tiempo pueden reducir el favor que goza á las simples consideraciones debidas á su rango, no se cree que su carácter sea á propósito para sufrir tranquilamente la nulidad de su posicion. Sobrale talento para hallar ocasiones de hacerse necesario, ó por lo menos digno de consideracion. Es verdad que la reputacion que tiene, de ser demasiado emprendedor, acaso le será perjudicial. Es un hombre que no hay que perder de vista en un cónclave.»

Como á la muerte de Clemente XIV gozaba el cardenal Braschi entre sus colegas la reputacion de modesto y conciliador, de prelado ilustre entre los monarcas, y de hombre virtuoso entre los romanos, nada de temeridad había en que se colocara entre las filas de los que debian suceder al Pontífice difunto; y si desde el momento no fué su competencia tan brillante como la de otros, á nada se puede achacar sino á su modestia, y acaso tambien á la dificultad estremada de las circunstancias. Todos los cardenales se apresuraron á dar parte de la exaltacion á sus respectivas cortes, y el cardenal de Bernis lo hizo en los términos siguientes:

«El cardenal Braschi acaba de ser elevado á la Cátedra de San Pedro: créese que la ocupará dignamente; por lo menos el público ha tenido siempre de él la mejor idea, y nadie le disputa talento, piedad y amor á sus deberes.»

«Siendo aun jóven mereció el aprecio y confianza de Benedicto XIV. Este ilustrado Pontífice fué el que le abrió el camino de los honores. Aunque bajo el pontificado de Clemente XIII gozó de gran favor, y participaba de las opiniones de aquel Santo Padre res-

pecto de los jesuitas, no se le pudo imputar paso alguno que le hiciera sospechoso de fanatismo.»

«Creado cardenal por Clemente XIV, prevenido contra él por algunas personas mal intencionadas, ha soportado en silencio su desgracia, y al parecer no ha tenido presente más que los favores recibidos.»

«Desde principios del cónclave se le ha visto mirar con indiferencia el proyecto de su elevacion, que fué tan pronto destruido como formado.»

«En suma, su conducta toda no presenta más idea que la de un hombre honrado, lleno de valor, de firmeza, de prudencia y moderacion. Sin embargo, nadie se atreve á responder de los acontecimientos que pueden resultar de ciertas circunstancias, ni de las variaciones que sobre el carácter de la mayor parte de los hombres produce el verse elevados á tan sublime altura. Solo Dios puede juzgar de las intenciones, pues los hombres no vemos más que las apariencias. El reinado del nuevo Papa dará á conocer si lo que hemos visto antes de su eleccion era su cara ó su careta.»

El cardenal de Bernis escribió estas últimas palabras por no faltar á su condicion de buen cortesano, pues sabia muy bien que el cardenal Braschi no usaba careta; mas para el caso en que las circunstancias de que habla le hubieran obligado algun dia á mudar de lenguaje, queria prevenir anticipadamente la excusa adoptando esta especie de restriccion.

Al momento en que fué proclamada en la capilla Paulina la eleccion de Braschi, se hincó este de rodillas y pronunció una plegaria tan sentida, que todos los concurrentes la acompañaron con lágrimas; y luego dirigiéndose á los cardenales:

«Venerables padres, les dijo, vuestra asamblea queda ya terminada; pero ¿qué resultado tan funesto ha producido para mí!»

Despues de la ceremonia llamada de la

Adoracion, abrazó al cardenal de Bernis con afectuosa ternura y le dijo: «A vos debo este peso, y vos me debeis consejos para ayudarme á llevarlo.» Al cardenal de Conti: «Si el cambio que acabo de sufrir en mi fortuna no produce variacion alguna en vuestras disposiciones, no dejaremos de ser amigos.» Al cardenal Marco Antonio Colonna: «Si el Sacro Colegio nos hubiera hecho justicia, vos ocuparais mi puesto.» Al cardenal Palavicini: «Vuestra escesa modestia ha puesto en mis sienes la tiara.» Al cardenal Negroni: «Vos reunis el voto de las Coronas y el mio.» Estas lisonjeras palabras eran la expresion sincera de los sentimientos del nuevo Pontífice, y no vanas fórmulas de humildad.

Así lo demostraron los efectos; pues confirmó al cardenal Palavicini en el puesto de secretario; confió la dataria al cardenal Negroni; la secretaria de breves al cardenal Conti, y pidió frecuentemente consejos al cardenal Bernis. Pio VI comprendió que la corte de Francia le era necesaria, y quiso granjearse su apoyo.

Luego que se divulgó por la ciudad la noticia de su elevacion, el pueblo se entregó á todos los trasportes de alegría. Encendiéronse fogatas en las plazas, ilumináronse las casas, y todo el mundo se abrazaba, contándose mutuamente la buena noticia. Pio VI sabia apreciar mejor que nadie los movimientos de aquel pueblo ligero, caprichoso y vano, para quien toda mudanza es una felicidad, y para cuya consideracion la mayor falta de un Pontífice es vivir muchos años; mas no por eso dejó de mostrarsele agradecido, mandando hacer distribuciones de dinero. Pio VI era liberal y magnífico; y estas dos cualidades, unidas á lo magestuoso de su estatura, y á la venerable expresion de su rostro, hacian á los ojos de la multitud un favorable contraste comparándolo con su antecesor Clemente XIV, pequeño de cuerpo, enemigo de toda ostentacion y económico hasta ser mezquino.

Después de haber dado gracias á Dios con las ceremonias de costumbre, y cumplido con los deberes de beneficencia, tomó el nuevo Pontífice conocimiento del gobierno que acababa de confiársele, se hizo dar cuenta de las diferentes administraciones, se rodeó de buenos consejeros, buscó el mérito y llamó á sí á todos los talentos. Al principio de todo reinado, los corazones propenden naturalmente á la esperanza, y todos los objetos se presentan embellecidos. Los aduladores se dieron prisa á compararlo, unos á Leon X y otros á Benedicto XIV, en tanto que el Papa pensaba mas en merecer estos elogios que en gozar de ellos.

A numerosos actos de beneficencia supo juntar rasgos de singular firmeza. Reprendió severamente al prelado Potentiani, gobernador de Roma, por no haber reprimido algunos desórdenes causados por unos esbirros. Privó de su sueldo á Nicolás Bischi, prefecto de la Annona (Consejo encargado de las provisiones de Roma). Anunció que vigilaria por sí mismo todos los ramos de administracion, y que privaria de sus empleos á cuantos abusasen de ellos ó los hubiesen adquirido por medios ilegítimos. Finalmente, suprimió muchas pensiones inútiles ó abusivas, haciendo una economia de mas de cuatrocientos mil escudos romanos. Un modo tan brillante de principiar su reinado, le hizo dueño de todas las voluntades. Sin embargo, la calumnia creyó poderle atacar por sus costumbres, y Gorani es el que tuvo el deplorable valor de hacerse su despreciable eco (1).

El hecho es que los que le han conocido mas de cerca, y han tenido el honor de tratarle, jamás notaron en él cosa alguna que pudiese escitar la mas leve sospecha contra

(1) Gorani escribió tres gruesos volúmenes de *Memorias secretas sobre los Estados de Italia*; cada página es un tejido de injurias contra los sacerdotes y de alabanzas de la filosofía.

una de las principales virtudes cristianas. Mientras fué tesorero de la Cámara apostólica y cardenal, siempre se le vió constantemente aplicado, laborioso, indiferente á los placeres profanos y digno de la estimacion general por la regularidad de sus costumbres.

Siendo Papa dividia el tiempo entre sus deberes religiosos, su gabinete, su museo y la biblioteca del Vaticano.

Levantábase generalmente muy temprano, celebraba los santos misterios, entraba en su gabinete donde despachaba algunos asuntos, se desayunaba parcamente, daba audiencia pública, entraba al Consejo, salia para visitar el museo y hablar familiarmente con los artistas que trabajaban en él, comia tranquilamente, dormia la siesta, entraba en su biblioteca, volvía á despachar algunos asuntos, y pasaba el resto de la noche en el seno de su familia, en la dulce expansion de la amistad.

Salía rara vez, y siempre acompañado. No tenia ninguna aficion á las partidas de campo; pasaba el verano en el palacio Quirinal, y el resto del año en el Vaticano. La única distraccion que solia permitirse era ir todos los años á las lagunas Pontinas, en las que hizo ejecutar tantas obras. Entregado constantemente á ocupaciones graves ó á las funciones de su estado, se desdeñaba de las ocupaciones frívolas y huía mas bien que solicitaba la sociedad del bello sexo.

Claro está, pues, que ningun Pontífice mereció menos las inculpaciones que Gorani se tomó la libertad de hacerle. Tampoco hubo jamás Pontífice alguno mas desgraciado, á pesar de tener todas las buenas cualidades propias para hacer de su reinado una época de gloria y de felicidad para el pueblo romano. Pero sus desgracias fueron efecto de las circunstancias que llegaron á ser tales, que ni la firmeza de Sixto V unida á la valentia de Julio II y á la política de Leon X, hubiera podido salvar la barca de San Pedro de las tempestades de que fué juguete durante este

largo pontificado. Antes de hablar de este diremos algo acerca de los establecimientos que le han ilustrado.

La gloria de las artes habia tentado ya á Pio VI, cuando aun no era mas que tesorero de la Cámara apostólica.

Clemente XIV tuvo el proyecto de adquirir la propiedad de varias antigüedades que pertenecian á varios particulares para colocarlas en el famoso tesoro del Capitolio (1). Pio VI, que entonces no era mas que tesorero general, sugirió á su predecesor la idea de abrir un nuevo museo para colocar en él las esculturas que se fueran adquiriendo, en vez de enviarlas al tesoro del Capitolio, que poseia ya bastantes. Este proyecto fué adoptado y su autor quedó encargado de la ejecucion. Dió al célebre Visconti, que era en aquella época comisario de antigüedades, el encargo de comprar cuanto creyera digno del nuevo museo, y mandó asimismo restaurar todas las esculturas antiguas. El departamento que Inocencio VIII habia ocupado en el Vaticano, fué el sitio destinado para la reunion de todas las obras maestras que se fueran descubriendo ó se adquirieran de algun otro modo. Fué este local el preferido por estar inmediato al patio de las estatuas donde figuran el Laocoon, el Apolo y el supuesto Antinoo que realmente no era mas que un Mercurio. La proximidad del patio de las estatuas y del nuevo museo, inspiró á Braschi el pensamiento de rodear ambas cosas con una magnífica galeria que al paso que sirviese para la buena conservacion de aquellas maravillas del arte, contribuyese á la decoracion del museo. Este designio fué aprobado en el acto por Clemente XIV. Braschi mandó hacer escavaciones en varios sitios que se habian librado de las investigaciones de tres siglos, y este pensamiento tuvo los mas felices resultados. Al ser elevado al trono pontificio, pudo desplegar su

(1) *Historia de Pio VI*, p. 209-211.

genio con mas energía, en razon á los recursos y poder que esta dignidad ponía entre sus manos. El edificio preparado para nuevo museo, no llegaba aun á la altura de las ideas de Pio VI, ni le parecía proporcionado á la magnificencia del Vaticano. El Papa creyó deber ir un poco mas allá de lo que habia ido el cardenal ó el tesorero. Por consiguiente, Pio VI despues de su elevacion añadió á aquel edificio el vasto recinto conocido con el nombre de *Museum Pium*, y del cual el *Museum Clementinum* no constituye ahora mas que la menor parte, tanto por su estension como por el número de monumentos que contiene. El arquitecto Simoneti realizó tan perfectamente los planes del Pontífice, que hizo revivir en este vasto edificio la arquitectura del panteon y de las termas ó casas de baños de los antiguos emperadores romanos. A fin de enriquecer su coleccion con el menor gasto posible, el Papa se reservó el derecho de ser el primero á comprar los objetos que se descubriesen de los antiguos, y de este modo burlando la codicia de los especuladores, adquirió de primera mano y á precios razonables una multitud de ricos y preciosos objetos artísticos (1).

Mandó hacer á sus espensas escavaciones en los alrededores de Otricoli, encargando su direccion á un religioso llamado Carrara, hombre de talento que le facilitó la adquisicion de tripodes, columnas, bustos, y sobre todo mosaicos de singular hermosura.

Otricoli, aldea en el ducado de Espoleto, á trece y media leguas de Roma, era en otro tiempo uno de sus arrabales, y sus ruinas manifiestan todavia su antigua magnificencia. Los templos, arcos de triunfo, baños públicos y teatros eran tantos y tan hermosos, que al venir por primera vez el emperador Constantino á Roma, creyó hallarse ya en esta capital cuando entró en *Otriculum*. De manera que

(1) *Historia de Pio VI*, p. 30-36.

sin exageracion puede decirse que Roma, comprendidos sus arrabales, ocupaba desde *Otriculum* hasta el mar una estension de veinte y cinco leguas; y los que hacen subir la poblacion de aquel tiempo á cuatro millones de habitantes, comprendidos los esclavos, no van muy distantes de la verdad (1).

Quizá no hay en todo el contorno de Roma una sola pulgada de terreno que no encubra preciosos restos de la antigüedad. Mas para hacer escavaciones hay que contar con sumas considerables y tiempo para indemnizarse de los gastos. El reinado demasiado corto, por lo general, de los gefes de la Iglesia les permitia ocuparse poco en esta clase de asuntos, y por otra parte su avanzada edad les quitaba la aficion: asi que solo á felices casualidades deben atribuirse las antigüedades que hoy enriquecen los grandes gabinetes de Europa.

Pero cuando en Roma se supo que un Papa, joven aun (tenia entonces cincuenta y nueve años), alentaba las escavaciones y compraba sus productos, se abrió una nueva era de emulacion y un nuevo ramo de comercio hasta con los extranjeros. A fin de escitar á los particulares á desenterrar los sepultados restos del gusto y poder de los antiguos romanos, Pio VI abolió los derechos que el fisco percibia por el permiso de hacer escavaciones. Por lo demás concíbese, que reservándose el Papa lo mas precioso que se encontraba, su museo llegó en breve á ser la mas rica coleccion del universo en este género. Por lo menos asi lo juzgaron los extranjeros.

Cuando Gustavo III se decidió á venir á Roma en 1783 para admirar los monumentos que en esta ciudad se encierran, quiso además rendir sus homenajes al Papa; mas como la diferencia de religiones no admitia ninguna

(1) Gibbon en su historia de la *Decadencia del Bajo Imperio* disminuye en una mitad esta poblacion, dero no se refiere mas que á la del casco de la ciudad.

relacion directa entre el Gefe visible de la Iglesia católica y un monarca luterano, fué preciso disponer una entrevista que salvase el ceremonial. Señalóse dia y hora, y ambos soberanos se encontraron como por casualidad en el Museo Clementino. Gustavo fué el primero que acudió á la cita, y el Papa, despues de haberle dejado algunos momentos para que se repusiera de la sorpresa que á todo el mundo causa la entrada por primera vez en un sitio tan magnífico, apareció seguido de tantos cardenales como personas llevaba el rey en su comitiva. Ambos se saludaron y hablaron familiarmente al recorrer los salones del museo, explicando el Papa al rey todo cuanto merecia particular atencion, como hubiera podido hacerlo el anticuario mas consumiado. Gustavo quedó tan contento de esta entrevista, que mandó á un pintor francés que compusiese de ella un cuadro.

En aquel mismo año 1783 se empezó á publicar bajo los auspicios del Santo Padre, una coleccion de grabados con la explicacion de los principales monumentos recogidos por sus cuidados. Luis Myrris se encargó de la empresa, y el sábio Visconti añadió á las láminas algunas explicaciones que prueban su buen gusto y erudicion. Los seis primeros tomos de esta preciosa obra, en folio, se publicaron en 1792: el sétimo estaba preparado para salir á luz cuando las agitaciones de Italia principiaron á hacerse sentir, y alejaron para largo tiempo de aquella hermosa parte de Europa el reposo, la Religion y las bellas artes.

No era solamente el amor á una vana gloria lo que inspiraba á Pio VI; era, sí, el amor á su pueblo, y el deseo de arrancarle á una muelle ociosidad.

En 1782 mandó restaurar la entrada del palacio Quirinal, que como ya se ha dicho, era su residencia durante el estío; hizo poner de pié el obelisco que estaba en el suelo cerca de la *Scala-Santa*, y lo mandó colocar entre las dos estatuas ecuestres que han hecho dar

á la eminencia en que está situado aquel palacio, el nombre de *Monte-Cavallo*. Los jornaleros hallaban en estas obras un medio decoroso de atender á su subsistencia, pues el pan habia llegado á un precio subido por lo riguroso que habia sido el invierno.

Por esta misma razon y á fin de fomentar el comercio, emprendió la obra de ensanchar, fortificar y embellecer el puerto de Ancona, colocando en él un fanal ó faro, el cual durante su pontificado estuvo muy bien cuidado, y tambien se recompuso el arco triunfal erigido en honor de Clemente XII.

El templo mas hermoso del universo no tenia sacristía, ó tenia una ignorada, sin gusto y sin proporciones con el resto del edificio. Pio VI trató de remediar un defecto tan chocante. La sacristía que mandó construir en el sitio de la antigua, es hoy digna de la basilica de San Pedro, y para embellecerla se dieron las manos la arquitectura, la escultura y la pintura, y por mas que hayan dicho los enemigos del Santo Padre, á los ojos de quienes todo monumento levantado á la Religion es un insulto hecho á la filosofia, el gusto en ella no es lastimado por la magnificencia y esta queda justificada por su objeto.

Las obras de reparacion y adorno que Pio VI mandó hacer en la abadía de Subiaco, no han sido tratadas mas favorablemente en el tribunal de la filosofia que la sacristía del Vaticano.

Dicha abadía no era en su origen mas que una gruta donde San Benito puso los primeros cimientos de su ilustre orden, y por lo tanto era la verdadera cuna de las ordenes monásticas en el Occidente. Mas en una época en que cualquiera de los llamados *espíritus fuertes* que solo con saber borrar su nombre al pié de una injuria se esforzaba en decir que las ordenes monásticas han causado mas daño á Europa que la guerra, la peste y las revoluciones, era muy natural que á los anales que contra dichas ordenes se prodiga-